



SAN TEODOSIO DE ANTIOQUIA, ABAD DEL
MONASTERIO DE LA ROCA EN CILICIA ¹

A continuación de la advertencia que acabamos de hacer acerca de los herejes Mesalianos, enemigos del trabajo manual, ponemos la historia del celebre san Teodosio, que lo recomendaba eficazmente á sus discípulos, y que les enseñó á combinarlo con los ejercicios de oración y de penitencia, á semejanza de los solitarios de la Tebaida, del Egipto y de la Arabia. Este ilustre Santo, llamado el Antioqueno, por que era natural de Antioquía, y para distinguirlo de san Teodosio el Cenobiarca, que floreció en Palestina, era de una familia muy distinguida, pero despreció los honores y las riquezas, y se retiró á una montaña cerca del golfo de Issus, al mediodía de la ciudad de Rosa en Cilicia. Allí se encerró en una celda, y se consagró enteramente á la penitencia, teniendo por hábito un cilicio, y por lecho la tierra. Llevaba pesadas cadenas al cuello, á las manos y á la cintura : ayunaba muy austeramente y hacía largas vigiliass : oraba casi continuamente, y á todas estas prácticas añadía el trabajo, ocupándose unas veces en hacer varios utensilios, y otras en cortar los árboles que cubrian parte de la montaña, así como en cultivar alguna tierra para su sustento. No pasó mucho tiempo, y ya se le admiraba y buscaba por muchas personas, que veian la santidad de su vida. Por muy grande que fuese su deseo de permanecer desconocido á los ojos de los

¹ Teodoreto, san Nilo, Baronio, los Bolandistas y Bulteau.

hombres, su reputación se extendió á lejanos países, y muchas personas vinieron á colocarse bajo su dirección. Su caridad no le permitió rechazarlas, y viéndose encargado de un considerable número de discípulos, les enseñó á practicar sus mismas austeridades, á excepción de las cadenas que llevaba. Quiso que compartiesen el tiempo entre la oración y el trabajo, y pasasen sucesivamente de una ocupación á otra: « Pues es muy vergonzoso, les decía, que los monjes no ganen lo poco que necesitan para su sustento, mientras que los seculares trabajan con incesante afán para sostener á sus familias, para pagar los tributos y aún para socorrer á los pobres. » Así es que, animado del mismo celo de san Pablo, que trabajaba noche y día para no ser gravoso á nadie, y para proveer á sus necesidades y á las de los que le acompañaban, animaba á sus discípulos á unir el trabajo corporal con el espiritual, y estos discípulos, dóciles á las instrucciones que les daba con su palabra y con su ejemplo, hacían ora telas, ora cestos, ora cultivaban la tierra. Como vivían cerca del mar, construyeron una pequeña embarcación para trasportar los objetos elaborados y traer todo lo necesario. Así también lo practicaban, como hemos dicho en otra parte, los religiosos de Tabenna.

Hemos visto en la vida de san Nilo, que escribió una carta á los monjes de Cilicia, en la cual les alaba por su vida penitente y laboriosa, de la cual le habia hablado un sacerdote llamado Martin. Es de creer que esta carta se refiera á los discípulos de san Teodosio. Ejercía también este santo la hospitalidad, y para este empleo escogía á aquellos de sus discípulos que más se distinguían por su carácter dulce é inclinado á la caridad para con el prójimo. Estableció también que todos los años y en el día de Juéves Santo se diese una limosna á todos los pobres de la comarca, dando á cada uno media fanega de trigo, un

cuartillo de vino, dos cuartillos de miel, y algunas otras cosas.

Esta limosna se continuó despues de su muerte, y hallándose afligido en tiempo de Juan Mosch el pais por el hombre, Dios castigó al abad con un milagro evidente por haber querido disminuirla. Lo referiremos aquí para que sirva de ejemplo á los fieles, y les anime á la virtud de la limosna. « Era costumbre, dice Juan Mosch, que el Juéves Santo se reuniesen en el monasterio los pobres y huérfanos del pais, y se les distribuye trigo, miel y vino; pero tres años ántes de que yo fuese á ver á esta comunidad, sobrevino una esterilidad que encareció considerablemente el precio del trigo. Algunos religiosos hicieron presente al abad la conveniencia de cercenar algún tanto la distribución de este artículo, por temor de que faltase para las necesidades del monasterio.

« Resistióse el abad, exponiendo que era necesario no interrumpir una práctica de caridad tan recomendada por san Teodosio, y que debían confiar en la protección divina, que no los abandonaría. Insistieron aún, hasta que cedió el abad; quién les dijo, aunque con pena, que hicieran lo que quisiesen. Cercenóse, efectivamente, la distribución; pero cuando algún tiempo despues abrió el ecónomo el granero, vió que todo el trigo habia germinado, y fué preciso arrojarlo al mar. »

Afligido el abad con esta pérdida, tomó motivo para hablar á sus religiosos de esta manera: « Ved aquí como castiga Dios á los que faltan á la obediencia de nuestro Padre: ved lo que nos ha resultado de nuestra desobediencia. Hemos querido economizar algunas fanegas de trigo, y lo hemos perdido todo. Continuando la costumbre, hubiéramos hecho una obra agradable á nuestro santo padre Teodosio, y habríamos socorrido á los pobres que son nuestros hermanos; Qué hemos ganado, hijos míos? Me-

por dicho ; cuanto hemos perdido ! Hemos cometido dos culpas, la una faltando á la obediencia de nuestro padre, y la otra confiando en nuestros cuidados, más bién que en los de la divina Providencia. Aprendamos, hermanos míos, á reconocer, que hay un Dios que dispone de todo, y que san Teodosio, aunque está en el cielo, no deja de interesarse por nosotros. » — Juan Mosch, que refiere este hecho, vivía ciento cincuenta años despues de san Teodosio, lo que demuestra que este gran Santo, á quién Dios había coronado, no olvidaba en la presencia divina el cuidado de sus religiosos.

Volviendo á la vida del Santo, hallábase situado su monasterio al pié de una grande roca, por lo cual se llamó el monasterio de la Roca, como se vé en muchos pasajes de la vida de los Padres. Esta roca era muy seca, y para proveer de agua á la comunidad, era preciso traerla de un torrente inmediato, que probablemente sería el rio Piapo. Construyó el Santo un equieducto desde la roca al monasterio, como si estuviese en su poder, dice Teodoreto, sacar de ella agua cuando á bién tuviese. Cuando estuvo hecho el aqueducto, se levantó una noche ántes que los religiosos despertasen para el oficio, y subiendo á lo más alto de la roca, elevó con fé viva y firme confianza una plegaria al Señor, que nada niega á los que le temen. Tocando despues la roca con su báculo, brotó de pronto un manantial que dotó al monasterio del agua necesaria, yendo la restante á desaguar en el mar.

Esta fuente continuaba corriendo á fines del siglo VI, en tiempo de Juan Mosch. Todo esto contribuyó á que se hiciese su nombre tan célebre, que muchos de los que, á cincuenta leguas, ve veían próximos á sucumbir en una borrasca del mar, invocaban el nombre de Teodosio, y la tempestad cesaba. Los Isaurios, de que hemos hablado en el capítulo precedente, hicieron en los años 440 y

siguientes correrías por todo el Oriente, cometiendo crímenes espantosos ; pero respetaron al Santo y su monasterio. Estos hombres crueles y despiadados, dice Teodoreto, que no perdonaban ciudad ni aldea, robando, saqueando y reduciendo á cenizas todo cuanto encontraban á su paso, estos hombres, repito, tan inhumanos, respetaron á san Teodosio. Dos veces fueron á su monasterio, y se contentaron con pedirle pan, y decirle por señas que rogase por ellos.

Temian, sin embargo, los obispos, que si volvian tercera vez, lo cautivasen, para pedir un fuerte rescate, como había ocurrido con dos prelados, por cuya libertad exigieron una suma considerable. En su consecuencia, le aconsejaron que se refugiase en Antioquía, á lo cual accedió, fijando su residencia en las orillas del Oronte, y continuando sus ejercicios ordinarios con algunos de sus monjes. Muchas personas piadosas venian á verle para aprovecharse de sus sabios consejos. Pero esto duró muy poco tiempo, pues no tardó en ir á ocupar su puesto al lado de los ángeles. Su muerte acaeció en el año 412, según los Bolandistas y Bulteau.

Su cuerpo fué conducido á través de la ciudad con sus cadenas de hierro, que le adornaban más que si hubiesen sido de oro. Acompañábanle los oficiales y todo el pueblo, con la esperanza de atraer sobre sí grandes bendiciones, depositándolo en la iglesia de los santos Mártires, en la capilla de san Julián y en la misma tumba de san Afraato, para que despues de la muerte estuviesen juntos los cuerpos de los dos santos, como lo habían estado en vida sus espíritus para sostener tantos trabajos por amor de Jesucristo. Los griegos celebran su memoria el 11 de enero.

Hemos dicho en la vida de san Jerónimo, que, habiéndose retirado este santo Doctor al desierto de Chalsis despues de haber recorrido los diferentes monasterios de

Oriente, escribió á san Teodosio y á sus discípulos una carta, en la que alaba mucho sus virtudes, y se encomienda á sus oraciones, para poder perseverar en la penitencia que deseaba abrazar. El contenido de esta carta demuestra cuán grande era la santidad de Teodosio, y cuán rigurosa y edificante la disciplina que se observaba en su monasterio. Parece que san Jerónimo habla cual si hubiese sido testigo, ya sea porque hubiera recibido hospitalidad en él, ó porque lo hubiera habitado algún tiempo, y conociera, por lo tanto, su género de vida.

El monasterio de san Teodosio fué gobernado despues de su muerte por Heladio, que fué obispo de Tarso, despues de pasar sesenta años en el estado monástico. Hace constar Teodosio que no dejó este prelado sus austeridades, sino ántes por el contrario, aumentó sus trabajos y penitencias. Durante algún tiempo, sin embargo, eclipsó su gloria, uniéndose á los enemigos de san Cirilo de Alejandría para apoyar á Nestorio; pero al fin volvió á la comunión de los obispos católicos.

Rómulo, religioso de este monasterio, gobernó uno cerca de la aldea de Marato, en donde hizo observar la regla de san Teodosio á un gran número de religiosos. Creése que murió en 420, como puede deducirse de las palabras de Teodoreto. Entre las cartas de san Juan Crisóstomo hay una dirigida á Rómulo y Bizo, monjes, á quienes no conocía más que por su reputación. En ella les dice que deseaba verles: pues sabiendo que era muy grande su piedad, se hallaba penetrado de una grande caridad para con ellos, á quienes siempre tenia presentes á los ojos de su espíritu. Pero como la grande distancia que los separaba, el rigor del invierno y las correrías de los Isaurios no le permitian emprender este viaje, se había determinado á manifestarles por escrito el afecto que les profesaba. « Pues la caridad cristiana, dice, disipa

todas los obstáculos, y no puede ser detenida por la distancia de los lugares, como tampoco se debilita con el trascurso del tiempo: así es que no deja de estimar á las personas piadosas, aunque no las haya visto. Por esta razón, aunque haya muchos obstáculos para estar á vuestro lado, no por eso os amo ménos; ántes por el contrario, quiero manifestároslo por escrito, y deseo saber vuestro estado. Me será un motivo de consuelo en mi destierro el saber que en los trabajos de la vida penitente que llevais, os conserva Dios una salud firme y constante. »

La disciplina que san Teodosio habia establecido en su monasterio no se conservó sólomente en su vigor hasta el año 440 en que Teodoreto escribió su obra, sino que floreció hasta fines del siglo VI: pues Juan Mosch, que vivia en esta época, le dá un lugar preferente en su *Prado espiritual*. Gobernábalo entónces el abad Juliano, y este superior se distinguía por su dulzura y discreción. Habitaba también en este monasterio un santo anciano, llamado Juan, á quien habia dado el Señor tanto imperio sobre los demonios, que era su terror, y cuando se le llevaba algún poseído lo curaba al punto con la eficacia de sus oraciones. Un dia que salió del monasterio, encontróse en una lengua de tierra, que se llamaba el pequeño Promontorio, á un patrón que, hacía dos semanas, empleaba inútilmente un considerable número de obreros en botar al agua una nave que habia construido, pues gentes mal avenidas con él lo impedían por artes mágicas. Angustiado este hombre por ver que nada conseguía, y viendo al santo anciano, en quién reconoció á un hombre de Dios, le dijo: « Orad, Padre mio, para que pueda poner á flote esta nave, pues ciertos sortilegios me lo impiden. El anciano no queria por humildad hacer el milagro en su presencia, así es que le hizo retirar con toda su gente, y cuando se encontró solo, se postró en tierra y